

LA SCIENCE DE L'INFORMATION

Yves-François Le Coadic

París: Presses Universitaires de France, 1994, 127 p. (Qué sais-je, n. 2873).

ISBN: 2-13-046381-9

Precio: 35 francos franceses.

Qué sais-je?, la célebre colección enciclopédica fundada por Paul Angoulvent en 1941, que aborda todos los aspectos del saber en asequibles monografías de 127 páginas, llega en 1994 a los tres mil títulos publicados, muchos traducidos a 40 idiomas, y con más de 120 millones de ejemplares impresos. Entre ellos, apenas una docena se han dedicado a temas tradicionalmente relacionados con el libro y las bibliotecas: historia del libro, bibliografía (de Louise Noëlle Malclès, con cinco ediciones), bibliotecas, bibliofilia, bibliología (de Robert Estivals). Con un enfoque más técnico, se han publicado también volúmenes sobre telemática, hipertexto, normalización, etc. Jacques Chaumier escribió *Les banques de données* (4.^a edición, 1994) y *Les techniques documentaires* (6.^a edición, 1992), publicada en español por Oikos-Tau (Barcelona, 1993. ISBN: 84-281-0804-8) con el título *Técnicas de documentación y archivo*.

En julio de 1994 ha aparecido *La science de l'information*, de Yves-François Le Coadic, profesor del Conservatoire National des Arts et Métiers de París y colaborador habitual de la revista *Documentaliste: Sciences de l'information*. A lo largo de las obligadas 127 páginas, Le Coadic desgrana (con un registro notoriamente estructuralista, tan apreciado por los profesores franceses) su tesis fundamental: la ciencia de la información es ciencia, «producción consciente de la especie humana, con unos orígenes precisos, objeto y contenido definidos, y profesionales fácilmente identificables». Su origen se sitúa en 1968, cuando se constituye la American Society for Information Science. Su objeto «material», la información, un recurso vital que gobierna todas las actividades. Su contenido metodológico, netamente interdisciplinar, una oportuna combinación de ciencias y letras: física y matemáticas, sí, pero también ciencias sociales y humanas. El componente técnico nos lleva inexorablemente al universo electrónico. ¿Y los profesionales, «fácilmente identificables»? Tendrán que repasar su papel, pues la industria de la información crece, el mercado se diversifica, los usuarios cambian y el comercio de información se caracteriza por vender productos de marcado valor añadido.

En siete comprimidos capítulos se nos explican los grandes rasgos de esta disciplina científica. En el primero se introduce sucintamente su objeto: información, explosión, flujos, relaciones entre información, conocimiento y comunicación. El segundo identifica —de forma excesivamente sumaria— las disciplinas precursoras: biblioteconomía, museonomía, documentación, periodismo, que no han logrado, según Le Coadic, trascender sus respectivos objetos de conocimiento en aras de la ciencia informativa. En el capítulo tercero se reivindica la doble estructura, científica e industrial, de los fenómenos informativos, que tiene su origen en la evolución del modo de producción capitalista, pero que es, al mismo tiempo, ciencia social e interdisciplinar. En el capítulo cuarto se analizan los principales componentes del modelo científico de la ciencia de la información: la elaboración

del modelo (características del modelo cuantitativo de crecimiento, y de la comunidad científica responsable de la gestión de este modelo); los procesos y elementos de comunicación; y las necesidades y los usos de la información, uno de los epígrafes más inspirados e interesantes del libro, en el que nuestro autor parafrasea con agudeza el título de un citadísimo artículo de Holloran (publicado en 1983 en la revista *Journal of Information Science*), «...información es la respuesta, pero ¿cuál es la pregunta?».

El capítulo quinto se dedica a estudiar los aspectos epistemológicos e históricos de la ciencia de la información, que, como toda ciencia, dispone de las correspondientes estructuras conceptuales y metodológicas, del mismo modo que posee sus propios modelos, leyes y teorías. Le Coadic otorga el rango de conceptos científicos (estables y operativos) a los siguientes, entre otros: cita, hipertexto, obsolescencia, clasificación, pertinencia, y, en general, a los que se toman de otras disciplinas. El formato MARC, en cambio, sería un concepto técnico. Los métodos son, fundamentalmente, los del análisis documental (descripción de contenido y análisis de citas). Las leyes, cuantitativas, como las bibliométricas, o epidemiológicas, como los modelos matemáticos de contacto logístico, que ayudan a determinar los mecanismos de propagación y difusión de la información. Los modelos se aplican sobre todo a los procesos de comunicación y a la recuperación de información, y como teorías se indican la teoría matemática de la información, la de los medios de comunicación social y la de comunicación interactiva de la Escuela de Palo Alto. En el epígrafe correspondiente a la historia de la ciencia de la información es en el que más abiertamente se muestra el talante estructuralista de nuestro autor, que propone una Historia que integre la de las instituciones, las técnicas y los individuos (los grandes sabios del ramo documental). El capítulo sexto pasa rápidamente revista a la evolución tecnológica que, desde 1948, ha dado paso a los formidables avances y mutaciones que cambian cada día la fisonomía de la información. El último capítulo diagnostica el porvenir inmediato de los «técnicos del documento» (del objeto, no de sus propiedades informativas), que tendrán que evolucionar si quieren encajar en alguno de los tres grandes grupos que distingue Le Coadic: *especialistas* (trabajan en los departamentos de marketing comercial, de planificación estratégica bancaria, de edición electrónica); *empresarios* (proveedores de productos y servicios de información, intermediarios); o *científicos* (investigadores y docentes). En los anexos se relacionan los títulos de las principales revistas científicas y técnicas de ciencias de la información (con un criterio demasiado amplio), y las principales bases de datos (cita sólo cinco). La bibliografía final se limita a cuatro referencias (Escarpit, Saracevic, Machlup) algo desfasadas, pero a lo largo del texto hay numerosas citas a pie de página.

En términos fotográficos, este librito podría compararse a una gran foto de familia, tal vez tomada con una lente de gran angular y con una emulsión de distinta sensibilidad, y —quizá— revelada por un procedimiento rápido: puede reconocerse a todos, aunque los rasgos de los mayores salen algo deformados y se destaca más el colorido de la vestimenta de los más jóvenes. Se diría una instantánea de la celebración del cumpleaños de esa ciencia joven nacida, según el autor, en 1968. A su manera, el libro de Le Coadic contribuye a refrescar el debate sobre el marco metateórico de la ciencia de la información, que en España tuvo cierta incidencia cuando se fundaron las primeras facultades de ciencias de la informa-

ción, algunas de las cuales albergaron estudios más o menos especializados de información y documentación. Puede que este libro no llame la atención de los profesionales demasiado absortos en sus quehaceres particulares, pero seguramente interesará a los docentes, siempre preocupados por fijar el sustrato teórico y la genealogía de la *casa común* de la información moderna.

Evelio Montes López,
Servicio de Documentación de la Organización Nacional de Ciegos Españoles,
Madrid.

LA DOCUMENTACION Y SUS TECNOLOGIAS

Nuria Amat
Madrid, Pirámide, 1994, 538 págs.
ISBN: 84-368-0823-1

Tras reconocer que «escribir un libro sobre las nuevas tecnologías documentales cuando éstas cambian de vida diariamente parece una tarea tan perdida como imposible», causa extrañeza que Nuria Amat haya querido dar a su nueva obra un «aspecto enciclopédico», una «visión general de la documentación de nuestros días y los conocimientos básicos para aprenderla y practicarla». El libro fracasa en ese intento y, más que un manual, Nuria Amat ha editado un libro de lecturas.

Resúmenes, retazos y páginas textuales de los más activos autores de la documentación española asoman al texto desde el primer momento. La autora reconoce su deuda con ellos y con sus alumnos de la Escola Jordi Rubió.

El contenido del primer capítulo (*Teoría de la información y de la documentación*) poco tiene que ver con su título. La exposición es desordenada, hasta el punto de que el epígrafe dedicado a la historia de la documentación, tomado de Ernest Abadal, ocupa el sexto lugar, después de que se hayan tratado la tipología de los soportes de información (no de los documentos), la cadena documental y las fuentes de información. La panorámica de la enseñanza de la documentación, la lista de publicaciones periódicas y la de congresos que cierran esta parte no son (no pueden ser) ni actuales ni exhaustivas.

Las fuentes para la redacción del segundo capítulo (*La información electrónica. Teledocumentación*) son obras de Lluís Codina y de Purificación Moscoso y Mercedes Caridad. Se incluye, además, una avalancha de información tipo directorio en tablas y figuras que no es completa porque, nuevamente, no puede serlo.

La industria de la información, título del tercer capítulo, vuelve a abundar sobre el origen de la distribución *on line* de bases de datos y, sorprendentemente, concluye con cerca de 20 páginas dedicadas al análisis bibliométrico. En medio, extractos de Vicenç Meléndez, María Eulalia Fuentes, Moscoso y Ríos y otros autores.

Los mismos temas esbozados en los capítulos 1 a 3 aparecen en el cuarto bajo el título *Servicios de información y teledocumentación*. La exposición se inicia con algunas páginas dedicadas a las búsquedas manuales y el resto recorre de forma ordenada la totalidad de las operaciones documentales y finaliza con 14 páginas dedicadas a la teledescarga. Sigue extrañando que entre los centros de obtención del documento original se citen todavía a ICYT e ISOC por separado, y que no

se haga mención alguna a sistemas como ADONIS o a las bases que combinan datos e imágenes de documentos (los productos de la IEEE, sin ir más lejos). Tampoco se trata de la obtención directa de documentos originales tras consultas *on line* o de la creciente cantidad de distribuidores que facilitan copias de documentos originales. Una atención exclusiva recibe, en cambio, el servicio de préstamo y suministro de la British Library.

El capítulo final, *Sistemas electrónicos de recuperación de información*, es un abundamiento sobre las materias ya tratadas en los anteriores. Sólo se distingue por ofrecer algunas nociones sobre la organización de ficheros y por la inclusión de un «minimanual de búsquedas en línea» con 5 lecciones y 32 páginas de ejemplos de búsquedas *on line* en CD-ROM.

Apresuramiento, «perlas» dictadas sin duda por la precipitación, enumeraciones excesivas, desorden en algunas exposiciones, redundancias y repeticiones entre capítulos y aun dentro de un mismo capítulo, olvidos imperdonables. Los defectos típicos, en fin, del recorte y pegue. Las ingenuidades propias de las transcripciones de esquemas en el encerado («MULTIMEDIA = TELEVISION + INFORMÁTICA»). La falta de coordinación propia de la mal resuelta multiplicidad de fuentes.

Destaca, eso sí, la exhaustividad y el grado de actualización de la información manejada por la autora, patente en las listas de referencias de cada capítulo.

El manual que Nuria Amat se ha propuesto existe ya, y por partida doble. Una obra colectiva en que diferentes autores abordan de forma sistemática los complejos capítulos que reflejan la actividad documental de hoy en día es el *Manual de Documentación* recopilado por José López Yepes (Madrid, Eudema). Una exposición global de conceptos y técnicas documentales es la *Introducción General a las ciencias y técnicas de la información y documentación* (Madrid, UNESCO y CIN-DOC). Ambas obras han sido reseñadas en estas páginas. Y, para labor de carácter enciclopédico, la de José Martínez de Sousa (Madrid, Pirámide y Fundación Germán Sánchez Ruipérez).

Un avance sobre estas obras estaría representado por un manual en que diversos autores aportaran su experiencia y conocimientos sobre los diferentes aspectos de la información y la documentación, pero cuyo editor o compilador renovara periódicamente tanto la lista de colaboradores como la distribución de las colaboraciones. La dinámica de la documentación así lo recomienda. Parece razonable, por tanto, ofrecer a los editores que se empeñan en la reedición de viejas obras o en el montaje apresurado de textos recopilatorios, la opción de traducir, adaptar o ensamblar textos realmente sólidos y actualizados periódicamente. El proyecto (de éxito garantizado) está al alcance de la creciente comunidad académica española de la documentación e información. Una obra de estas características, que existe en la práctica totalidad de las disciplinas, en mucho mejoraría la imagen de la nuestra, tan especializada, dinámica y exigente, que no debe quedar por más tiempo en entredicho. Nuria Amat ha demostrado sobradamente la capacidad para coordinar el proyecto colectivo que aquí se propone y cuyo resultado, naturalmente, superaría con mucho la obra que ahora ofrece.

Carlos Benito Amat

Unidad de Documentación, Radiotelevisión Valenciana.

LOS RECURSOS DE INFORMACION. VENTAJA COMPETITIVA DE LAS EMPRESAS

Alfons Cornella

McGraw-Hill Interamericana de España, Madrid, 1994, 183 p., 1 h: il; 24 cm.

ISBN: 84-481-1814-6

Si el siglo XXI no ha llegado de manera cronológica, sí, en cambio, se percibe ya en muchas investigaciones actuales un estilo nuevo de fomentar los métodos empíricos de estudio y las maneras sencillas para expresar los conocimientos de las ciencias sociales. En este sentido, *Los Recursos de Información* es una obra con un excelente grado de legibilidad que permite un doble uso: como libro de divulgación marcado por un evidente estilo ensayístico, y como texto científico.

El trabajo de Alfons Cornella, desprovisto de retóricas añejas y consideraciones especulativas, atrae al lector por su concisión; y es, además, un producto gestado con ese necesario poso cultural y con el imprescindible carácter empírico que requiere el estudio de los fenómenos que tienen una clara trascendencia social. Las citas a la americana y las breves recapitulaciones en los comienzos de las diversas partes, respectivamente aligeran la lectura y sirven de hilo conductor para retomar las ideas motrices de la obra en un momento dado de abandono.

El estudio de los recursos de información se presenta con unos objetivos eminentemente metodológicos más que técnicos (o aplicados). Es decir: manifiesta la incidencia plausiblemente ventajosa del factor información, cuando éste se manipula apropiadamente en los negocios, pero no se dan soluciones mágicas ni se resuelven casos concretos y sólo aparece una muestra real de las empresas que han cosechado éxitos.

Los apartados o capítulos que componen esta obra son diez. El primero constata la sociedad de la información como hecho real de nuestro tiempo, a pesar de que no se hayan cumplido todas sus expectativas. Hoy día, por ejemplo, resulta impensable un banco sin cajeros automáticos o una agencia de viajes sin terminales de ordenador. Seguramente es muy temprano todavía para evaluar los resultados de las nuevas tecnologías de la información, que son las más baratas desde el punto de vista de los gastos de inversión.

El segundo expone cuatro casos representativos, los de las empresas Benetton, Zardoya-Otis, Matutano/Frito-Lay y American Airlines, que han triunfado en los negocios por haber usado la información de forma inteligente y estratégica. Se distingue de este modo, por un lado, la información (I) escueta y, por otro lado, las tecnologías de la información (TI). Resulta probablemente la parte más ilustrativa y atractiva del libro para los neófitos.

El tercer capítulo remarca la simbiosis entre producción y tecnologías de la información, pero se pone de manifiesto que en los países desarrollados, precisamente en la década de los años 70 y 80, cuando las tecnologías experimentan unos avances muy notorios, la producción decrece.

Esta paradoja se explica en buena parte porque las TI han funcionado principalmente en «islas automatizadas» y porque aún no han desarrollado todas sus posibilidades operativas. El autor sugiere, además, que el impacto de las TI debe incidir más en los aspectos de competitividad que en los de producción, y que el

objetivo fundamental no ha de ser la reducción de costes sino la generación de beneficios. Es evidente que la finalidad de las nuevas tecnologías todavía hoy no ha sido trabajar menos sino cambiar los modos de trabajo.

En otro orden de cosas, Alfons Cornella señala que las decisiones empresariales están determinadas por dos fases distintas de operaciones, de acuerdo con el momento en que desarrollan las actividades. En esta línea, distingue los llamados sistemas tácticos, aquellos que se aplican a las funciones internas de las empresas, frente a los sistemas estratégicos, orientados a mejorar la relación con el entorno.

En el siguiente apartado, titulado «Información y Competitividad», muestra algunos ejemplos y analiza las estrategias que se deben seguir para obtener el mayor provecho de proveedores y clientes.

El quinto capítulo ocupa el corazón de la materia y el centro del libro. «El Recurso Información» obtiene especial trascendencia porque, desde luego, la información no es poder, como se suele decir y se repite en este texto, pero sí contribuye a fortalecerlo.

Entre las tres clases fundamentales de recursos que se distinguen en teoría bibliográfica: tiempo, dinero y capacidad cognoscitiva, es en el último aspecto en el que mayormente incide la obra de Alfons Cornella.

De acuerdo con el esquema de Hiroyuki Itami, los activos intangibles más significativos de una empresa son los flujos de información. La empresa se concibe como un organismo que obtiene, procesa y proyecta información.

El sexto capítulo lleva por título «Información ambiental», exactamente el mismo marbete que aparece en uno de los apartados del capítulo anterior. Aquí analiza el tipo de información y de fuentes que llegan a una empresa (con especial referencia a los empresarios europeos y japoneses) y esboza una metodología para que los empresarios aprovechen las informaciones pertinentes y descarten las redundantes con el fin de poder cumplir sus objetivos comerciales.

El séptimo capítulo se refiere al dominio de la información interna, generada dentro de las propias empresas, en el entorno de lo que el autor denomina «sistemas tácticos» y, en otro sentido, la información procedente del ambiente exterior, en el entorno de los «sistemas estratégicos» u orientados a mejorar la relación con el entorno. El resultado de estas medidas configura la llamada «organización aprendiente» de acuerdo con la teoría de Senge.

El capítulo octavo trata la proyección de la información empresarial hacia el exterior (información corporativa) y presenta las progresistas tendencias de la relación empresa-cliente, en que la información, por un lado, es un elemento imprescindible de comunicación entre ambas partes y, por otro lado, determina la presentación de los productos y el funcionamiento de los servicios. Emplea el término «informatización» para designar este proceso.

El noveno apartado se fija en la información en cuanto recurso o «activo» susceptible de gestión (GRI). No hay que considerar la información como un simple medio para el desarrollo de las actividades empresariales, sino más bien como un objeto de inversión, y, por tanto, un bien costoso (aunque de valor más relativo que otros bienes materiales). No obstante se trata de un bien especial porque entre otras cualidades, la información es un recurso que por mucho que se use nunca se gasta. Termina el capítulo con diez principios o normas fundamentales que rigen la gestión de recursos de información.

Finalmente, el último capítulo analiza las diversas funciones de los profesionales de la información en las empresas. Distingue fundamentalmente tres tipos de actividades: las propias de los bibliotecarios, las que realizan los informáticos y las tareas de administración que cumplen los directivos. En la confluencia de esta encrucijada de labores unidimensionales, el director de la gestión de los recursos de información dispone de una formación equilibrada entre las tres facetas.

Claro está que la preparación cultural o conocimientos y habilidades que debe poseer un director de gestión informativa, en este supuesto, dista en la actualidad de los requisitos manifestados por Robert S. Taylor que aparecen en la página 168.

La autoridad del libro, en conjunto, está avalada por los méritos de su creador. Alfons Cornella Solans es licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad de Barcelona, diplomado por la Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas, ha obtenido el título de máster en Information Resources Management en la Universidad de Syracuse, y actualmente dirige el Centro de Información Empresarial de ESADE.

A los valores conceptuales del texto hay que añadir la estupenda presentación formal, provista de una correcta expresión sin apenas erratas tipográficas.

El índice general (sumario o contenido de la obra) que inicia el corpus textual es tan explícito y da cuenta de tantos pormenores que resulta innecesario un índice de materias en los posliminares como, de hecho, ocurre.

Es una obra, en definitiva, de provecho, que cumple los objetivos que se propone. Sus planteamientos son pragmáticos y merecen la atención de los empresarios y de los documentalistas. Si algún comentario se echa en falta como, por ejemplo, la contribución de las tecnologías de la información en el aislamiento de las personas, queda fuera de esta escena. El progreso hasta ahora ha sido inevitable.

Arturo Martín Vega.
Universidad Carlos III, Madrid.